LAUREN MENDINUETA

LIBRE EN LA JAULA





Lauren Mendinueta



Lauren mendinueta

Libre en la jaula



Colección
Lima Lee




LAUREN
MENDINUETA

Lauren Mendinueta

Nació en 1977, en Barranquilla, Colombia. Es poeta, ensayista y traductora de portugués. Comenzó a escribir a los 22 años cuando trabajaba como bibliotecaria en una aldea de su país. Ha publicado ocho libros de poesía editados en Colombia, México, España y Portugal. Entre los premios que ha recibido, destacan el Premio Nacional de Poesía Joven del Ministerio de Cultura de Colombia (1998), el Premio del Festival de Poesía de Medellín (2000), y el Premio Nacional de Ensayo y Crítica de Arte del Minis-terio de Cultura de Colombia (2011). Además, ganó en España los premios internaciona-les Martín García Ramos por *Vocación Suspendida* (2007) y el Premio César Simón de la Universidad de Valencia por *Del Tiempo, un Paso* (2011). En 2013, ganó el premio de poesía Barranquilla Capital Americana de la Cultura, con su libro *Una visita al Museo de Historia Natural* (2015). Ha sido incluida en más de una veintena de antologías europeas y americanas. Actualmente, reside en Lisboa.

Libre en la jaula

Municipalidad de Lima

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Concepto de portada:
Melissa Pérez

Diseño y diagramación:
Andrea Veruska Ayanz Cuellar

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Festival Internacional Primavera Poética

Harold Alva Viale
Presidente de la Organización

Comité Consultivo
Carlos Ernesto García (El Salvador)
Roberto Arizmendi (México)
Omar Aramayo (Perú)
Leopoldo Castilla (Argentina)
Omar Lara (Chile)

Director Cultural
Sixto Sarmiento Chipana

Asesor de comunicaciones
Luis Miguel Cangalaya

Jr. Buenaventura Aguirre 395.
Of.: K. Barranco, Lima.

https:/web.facebook.com/fipperu2019/

Lima, 2020

Esta publicación es un esfuerzo entre la Municipalidad de Lima y Primavera Poética para las ediciones de la colección del programa Lima Lee.

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

LIBRE EN LA JAULA

ANTOLOGÍA PERSONAL

OLVIDO DE MÍ

Octubre ha llegado dominado por las lluvias,
y los demás meses lo han seguido hasta aquí.
De repente este amontonado tiempo lo ha llenado todo,
el verde de la casa, las sillas, la manta que cubre el piso
cuando en el verano me recuesto a leer.
En mí no es posible el abandono del tiempo,
la gracia que supone el olvido
me hubiese salvado de esta invasión.
Ahora debo caminar con cuidado
para no maltratarme con tantos recuerdos.
¿Me engañaré o será verdad lo que voy a decir?
Renuncio a esta visita, no le temo a la soledad.

ASÍ PASAN LOS AÑOS

Pasan los años,
y aunque la vida me acusa de inmovilidad,
también yo he viajado.
Como una partícula de polvo,
he revoloteado por la casa y me he prendido a los libros.
Como un insecto he reposado a la orilla de las acequias,
o simplemente he sido una mujer que de tarde en tarde
ha mirado hacia el mar
buscando barcos olvidados por la neblina
y que vuelven a la memoria,
sin esperanza distinta de la muerte.

MAYEÚTICA

Pensarás: ¡vaya un trabajo
esa vida regalada!
Escuchar algo en la música
y, entre broma y broma, hacerlo propio.
Anna Ajmátova

El mundo sugiere.
No espero la visita de la musa,
voy por ella, la traigo de la mano.
Los que me conocen
dicen que la mía es una vida triste.
Pretender pasar las horas con una desconocida
discutiendo, discutiendo.
No pueden imaginar cuánto prefiero
su hiriente compañía,
el argumento casi siempre contrario,
la sarcástica sonrisa triunfadora,
al complaciente parloteo de todos ellos,
mis simpáticos amigos.
Dicen también que mi figura da pena
cuando a cualquier hora y de cualquier manera

salgo a buscar la escurridiza musa,
y vuelvo sola y se me oye inventar monólogos
que imitan sin gracia al diálogo.
Pero después de cada fracaso pienso:
Mañana volveré a buscarla,
si tengo suerte,
ella traerá su arpa y entre discurso y discurso,
tocará para mí una música espléndida.

LA TORRE DE MARFIL

El mundo es una torre de marfil, en vano
busco una puerta en sus paredes curvas.
Parezco una actriz representando a un borracho,
camino tratando de hacer una línea recta,
nunca eses. No soy una profesional
de la actuación, ni siquiera me le parezco,
pero caminaré tratando de hacer una línea recta.
A veces me siento frente al ordenador y busco
toda clase de cosas, desde zapatos hasta amor.
Y sí, todo lo encuentro allí, porque el mundo es una to-
rre
y estoy atrapada con todo lo demás, es inevitable.
Cuando me miro al espejo, me sorprende lo común
que parece mi rostro, y me digo:
es bueno ser tan común, no te asustes.
Vuelvo a sentarme frente al ordenador y encuentro
las misma cosas, todo, todo, hasta el amor.
Y allí mismo, tecleando,
trato de comprender
por qué me siento libre en la jaula del pájaro.

SI FUERA POSIBLE

Quiero una página en blanco para escribirte un poema de amor,
un espacio limpio en el que el pasado no haya puesto su mano.
Para escribirlo necesitaré toda la mala memoria de la que dispongo,
y la mirada sesgada que te dediqué la primera vez que te vi.
Será un poema soleado, lleno de pájaros
y con un árbol para que te recargues.
Se parecerá mucho a mis primeros versos,
tendrá la inocencia de las lecturas infantiles
y la insolencia de creerme poeta.
En él te nombraré con todas las palabras dulces que no usé antes
y seré capaz de llevarte en brazos.
En mi poema no habrá ayer ni mañana,
caminaremos por el espacio claro y manso del ahora.
Mejor si es en verso libre para que no sientas que quiero atraparte,
y mejor aún si entre sus líneas deseas que te atrape.
Hay un poema de amor que quiero escribir

para celebrar tu espléndida compañía,
un poema como mar, como bosque, como acantilado,
un poema isla única en el que jamás nos separamos.

A LA DOBLE QUE SOY

Hay fotografías en las que no me reconozco.
Mi yo cobarde al mirarlas
me obliga a pensar que existo en una sola
y no en la suma de quien soy
con esa otra que me suplanta en la imagen.
Cuesta creer que la desconocida también soy yo,
esa mujer desconocida y fea
con un rostro que sin ser mío no es ajeno.
Entender el mundo bien puede ser eso:
aceptar que soy esa a quien desconozco.

EL ESPACIO EN SU JARDÍN

Para José Manuel Fajardo

Lo visible y lo invisible
están en eterna contradicción,
y esta lucha tiene por fuerza
el poder de matarme lentamente.
El triunfo de lo invisible
carece de espectáculo,
mientras incluso en la derrota
lo visible gana en notoriedad.
Si la brevedad es signo de la vida humana,
el tiempo es asunto mío,
también.

LOS GRITOS ADULTOS

Para Silvia Favaretto

Acontece que a veces es necesario recurrir al grito,
el alma se angustia y viene el cuerpo en su auxilio.
El cuerpo vaciado de palabras,
lleno de miedo,
ahíto de lamentaciones
terminará por gritar.
Rara vez el grito de un cuerpo es oído por otro cuerpo
—por eso aprendemos a gritar hacia dentro,
atesoramos nuestra desesperación,
renunciamos a gritar como niños perdidos,
crecemos—.
Los hospitales están repletos de gritos mudos
y los llamamos cáncer o artritis o depresión,
uno y mil nombres asustadores
y a veces definitivos.
Un cuerpo que grita solo desea ser escuchado por otro cuerpo.
Cada uno con su necesidad del *otro* porque el *yo* no basta.
No tiene por qué bastar.

Pretendo gritar, gritar hasta perder la voz.
Volver a ser pequeña,
ir hacia atrás,
hasta los tiempos en los que solo podía expresarme con llanto
y a nadie asombraban mis bramidos absurdos.
Ambiciono incluso ir más allá en el tiempo
hasta regresar a la edad definitiva y segura de la nada.

DESEO DE NADA

Todavía es temprano.
Mil noches han caído sobre la tierra,
y otras mil cayeron antes,
pero aún no es tarde.
El viento arropa con tanta fuerza la casa
que se diría una madre enloquecida de amor.
Pero el viento no puede amar.
Tengo miedo.
El mar no está lejos de aquí,
y yo soy esa misma arena sobre la que caen
furiosas, incontenibles y enajenadas las olas.
Más allá, en el centro mismo de la tormenta,
mi ojo busca las razones de tanta rabia.
Tengo ganas de azotar a la noche
hasta verla sangrar.
Deseo hasta el infinito
poseer algo que jamás se entregue.

RELOJ SIN MANECILLAS

Tengo el boleto para un viaje que promete el jardín como destino,
la costumbre de rondar sobre cenizas para no olvidar el fuego
y la voz de mi madre que me arropó con rumor de palmas en la tarde.
Tengo también el compromiso de estar viva, de preservar lo intocable
para que el mundo siga siendo aquello que no soy.
Pero vivir en redondo como aguja de reloj termina por cansar.
Cuánta ironía: tener que envejecer para al fin recobrar la infancia,
tener que morir para que ya nadie pueda robármela.

MEDIA NOCHE

Las sombras merodean.
La muerte me acompaña
y yo
tratando de arrancarla como un velo.
Renuncio a los recuerdos.
Los pájaros
permanecerán en el aire.
No anidarán en el alma.
¿Cómo encontrar la ausencia?
Voy despoblándome
y la muerte
insiste en habitarme.

EL REGRESO

Mi madre a los treinta
era una joven de ojos grandes,
agobiados,
cargados de urgencias que yo no comprendía.
Entonces nada me asustaba tanto
como la posible tiniebla de su abandono.
Por eso iba tras ella a todos lados,
como un bicho perseguía su luz.
El pueblo,
su campanario y las solteronas arcaicas,
danzarinas de las hogueras de San Juan,
nos parecían tan tristes
que ansiábamos irnos a otra parte.
Claro que todo estaba dispuesto
para obligarnos a permanecer allí.
Por eso mamá
leía para mí historias de otros mundos,
de ciudades lejanas pobladas de héroes y villanos,
o de animales que hablaban en nombre de la virtud y el vicio.
Pero cuando llegaba la hora de la cena
ella volvía resignada a la cocina para preparar la mesa,

dejándome casi siempre con el libro en las manos.
Cómo podía saber ella,
pobrecita mamá,
que regresar de aquellos mundos
a mí me llevaría una vida.

PANDORA

Esperanza esa cosa con plumas—
que se posa en el alma—
y canta una melodía sin palabras—
y nunca se detiene—totalmente—

Emily Dickinson

Hoy que todo parece escaso,
y los motivos para seguir se elevan
como una nube de moscas,
me siento a la mesa junto al papel,
los lápices,
las tijeras,
el ordenador.
Y las manos,
flores recién cortadas,
altivas en un jarrón,
son incapaces de no decorar,
solo decorar pueden,
qué más que decorar.
En el paso hacia lo irremediable

el lodo de mis errores me sepulta.
Sé que hasta el color resiste rebelde bajo tierra,
pero no la luz.
¿Y si ahora mismo
después de cavar el foso
me clavo las tijeras?
Me atrae este rayo de luz
que resbala seductor sobre el filo de sus hojas.
En la mesa
el papel, los lápices, el ordenador,
y un poema que antes no existía.
Los motivos siguen elevándose
como una nube de moscas,
pero algo ha cambiado:
otra cosa con alas,
no mucho más grande que un insecto,
desciende a mi alma.

MUERTE CIVIL DE LA POETA

El amor, dijo la poeta, es toda la vida para mí.
Y así abandonó la escritura,
renunciando a lo suyo como lo haría una camarera.
Creyó que hacía falta ser otra para que la amaran.
Por la noche tomaba un somnífero para dormir bien
como cuando la poesía era toda su vida.
Por el día se ocultaba para que nadie la viera escribien-
do sobre otra mujer
—especialmente para no verse a sí misma traicionando
su renuncia—.
Aunque le avergonzaba, ella seguía en su oscura tarea
porque al escribir sobre la vida de la otra
podía intercambiar las exigencias cotidianas por las del
amor.
Después se divorció y con el divorcio fue su muerte civil
y la lenta resurrección de su alma.

ENCALLAR EN EL EGEO

Vi mi rostro reflejado en las aguas del Egeo.
Cada rasgo con su trazo único, apenas mío,
la imagen de una exactitud inquietante.
Esos eran por fin mis ojos. Mi boca. Mi nariz.
Mis pómulos. La inclinación exacta de mi barbilla.
Así estuve atenta días y noches,
deseosa de que el reflejo intentara hablarme.
Desde entonces no importa a dónde vaya
en ese mar me quedé yo, temblando entre rocas y olas:
muda, idéntica a la felicidad que nunca tuve.

SIN ENTENDER NADA

La tarde se agotaba en Rodas,
abril, como toda promesa cumplida, perdía interés
y yo vi correr tus lágrimas hasta el mar.
Sin entender nada
ni tu melancolía, ni la migración de las aves,
ni el silbido de los barcos, ni el rostro envejecido de los capitanes,
cerré los ojos.
Al volver a abrirlos, no sé si yo era distinta
o si el puerto había cambiado,
pero los barcos anclados embellecieron con la noche.
Tú, que mirabas hacia las colinas,
no viste mis lágrimas encendiendo las primeras lámparas.

UNA VISITA AL MUSEO DE HISTORIA NATURAL

Un esqueleto. Un dinosaurio. Un fósil.
Una piedra también me interesa.
Largos corredores,
lámparas de luz fosforescente y fría.
Un meteorito. Un cuarzo gigante.
Otro fósil.
Una sala detrás de otra.
Todo antiguo y novedad.
Y sin esperarlo
mi propio rostro me sorprende.
¿Ya tengo edad
para encontrarme en una vitrina?
Fosilizada, pero no sola.
Gentes que me fueron familiares,
amores que no volverán,
todo grabado en piedra.
Como de otro planeta,
todo.
El amor como un dinosaurio,
fosilizado.
El amor como un animal extinto:

familiar y extraño a un tiempo.
Todo tan doméstico y lejano,
tan de otros ámbitos y, sin embargo,
como si perteneciera al museo.
El reflejo de mi rostro en la vitrina iluminada,
su gesto sorprendido,
y en mí,
los deseables estragos del tiempo.

LOS CIRCOS DE PUEBLO

Para Armando Romero

Un payaso gordo y mutilado,
otros a los que no les faltaba nada, salvo la gracia,
varios enanos, un gigante, el hombre bala,
un mago torpe y una joven funámbula.
Yo me acercaba a los once años
cuando aquel circo de maravillosa tristeza
llegó a mi pueblo.
La niña que caminaba sobre la cuerda debía tener mi
edad.
Sí, era mujer aquella niña del circo,
su pecho era plano como el de un buitre desnutrido,
pero en su mirada afloraba una ave exuberante.
Era menudita aquella cría de buitre
y casi parecía natural verla caminar sobre la cuerda flo-
ja.
Era un circo pobre, para los hijos de los pobres,
y con descaro feliz los payasos pregonaban:
«¡Esta noche a las siete
no se pueden perder el mayor espectáculo del planeta!».
«¡El circo más famoso del mundo,

los invita a una única función!».
Así lo anunciaron noche tras noche,
y los niños y las niñas noche tras noche creímos que era cierto.
En esto consistía el milagro:
en los payasos que mentían y amaban su mentira descaradamente.
Y en aquella avecilla salvaje disfrazada de bailarina,
la pequeña funámbula que caminó en nuestro pueblo
sin llegar a pisar tierra,
y, sobre todo,
en las boletas mágicas de pague uno y entren dos
y en esas funciones únicas
repetidas noche tras noche.
Ha pasado un cuarto de siglo desde aquella visita del circo
Y, sin embargo, pocas cosas han cambiado,
la niñez sigue siendo un sueño enamorado de sus mentiras
y la vida con sus personajes de inexplicable extrañeza
continúa pareciéndose al milagro triste
de los circos de pueblo.

LO QUE EN VERDAD PESA

Lo que en verdad me pesa
nada pesa en la balanza:
tiene el amarillo de los canarios,
la ligereza de un aroma
y el filo de un hacha.
La vida prometía recompensas
y cumplió su promesa con penas.
Contra mi voluntad
me doblegué bajo su yugo,
sostuve su peso sobre mis hombros,
crecí.
Vivía sí,
pero sofocada y furiosa,
impotente y sola.
¿Cómo logré librarme de su peso infernal?
Una corriente de aire me había sometido
amarrándome al pasado.
No podía levantar la cabeza,
había olvidado ese gesto
de animal erguido.
Pesaba demasiado la cabeza sobre los hombros.
No sabía del futuro, pero resistí.

Pensé que moriría bajo su peso,
pero resistí.
Adentro era la borrasca,
el hacha,
la cabeza mil veces cercenada,
la tumba que cavé con las uñas.
Afuera una brisa delicada,
una bandada de pájaros amigando hacia el sur,
el aire tibio del Caribe
envolvente como un útero.
Mis días eran de blanco hielo,
mis noche
amarillo tormento.
Pero resistí.
Sobre los hombros
un pájaro ensangrentado.
Mi espalda se curvaba
bajo el peso de mis delitos,
y el verdugo cumplía solícito
su tarea macabra.
Con mis propias manos
aprendí a apartar el cabello,
a entregar el cuello con gesto delicado.
Mis manos besaron las manos del verdugo,

acariciaron su rostro,
palparon su sexo con amor.
Un día y una noche, uno tras otra:
mis delitos, mi verdugo, mi hacha.
¿Cómo pude resistirlo?
Pájaros decapitados.
¿Cómo logré liberarme
de su peso infernal?
Hachas inocentes.
Para recuperar la cabeza
fue preciso morir mil veces.
Abrazar mil veces a la muerte.
Un día, despacio,
como una hija inocente y cruel,
la poesía brotó de mi herida
y me envolvió en su río de sangre.
Mis días y mis noches
ni blanco hielo ni amarillo tormento.
La poesía reemplazó con su hacha al verdugo,
en su altar purificó mis delitos,
sin vacilar
echó sobre mis hombros todo su peso
y en milagro de contradicciones
aligeró mi carga.

Bajo su presencia imperiosa
he vuelto a mirar de frente.
Ahora lo sé: estoy vida porque resistí.
Escribo poesía para acostumbrarme a vivir.

POEMA SIN HABITANTE

Ahora que la tarde se desplomó sobre el río,
ahora que los pájaros se tragaron su canto
y reina sobre la casa este silencio vacilante,
¿habrá llegado el tiempo de abrir las ventanas,
de sacudir el polvo y abandonarse al miedo?
El poema está desierto, su habitante huyó
y en el aire quedaron pendientes de un hilo:
palabras, gestos, la imagen de un cuerpo.
A esta hora los objetos se transforman
y lo que a plena luz parecía corriente
resurge semejante al habitante huido,
al desterrado que cabalga en el ojo del viento.
Cosas y gestos en un sinuoso equilibrio
entre aquello que eleva al alma
y lo que es un fardo para el cuerpo.
Cosas y gestos que a él pertenecieron
hoy cubiertos de polvo y sombra
son un hilo de muerte para coser recuerdos.
Son un hilo de angustia, son un hilo de miedo.
Antes que huyese del poema
el habitante gritaba,
y su voz era apenas un murmullo,

corría y el cuerpo daba pasos lentos,
recordaba y el pasado era un cúmulo de nieblas.
Había envejecido, sí, pero no todo él.
En su cuerpo casi centenario
habitaba un niño recién nacido,
un adolescente, un joven, un adulto, un viejo.
Todas las edades que caben en un cuerpo.
Después brilló la sombra y murmuró el silencio.
La tarde se desplomó sobre la tarde,
el río se abandonó a su corriente,
los pájaros enmudecieron.
El habitante murió.
El poema.
El vacío.
La nada.
El miedo.

CARTA ENVIADA POR UNA AMIGA DESDE EL PASADO PRÓXIMO

Para Anabel Torres

Las balas del cielo arrecian
mientras dura la vida,
una década, o dos o tres
menos de una o más de nueve,
las ventanas del cielo se mantienen abiertas
o se cierran para volverse a abrir.
¿Cómo podemos ignorar la sangre
si el cielo está empapado en ella?
Nos acostumbramos a la tierra roja
después de ciertas lluvias.
No hay sorpresa en los miembros mutilados,
o en los cadáveres que bajan por los ríos
flotando con la gracias de las tarullas.
Las ventanas del cielo se abren
para que caiga el granizo
que de un solo golpe
nos devuelve a la nada.
Esperar mientras dura la vida,
un día, o dos o tres
tantos muertos que regresan

y a través de las ventanas
otros que caminamos olvidándolo.
«El cielo nos estalla en la cara»
—escribiste en tu última carta—.
Los que no regresaron
dijeron que la muerte
es un sonido fresco, insípido
que precede a un silencio atronador.

AUTOBIGRAFÍA AMPLIADA

Después del nacimiento
fui llamada al final de la tierra
donde construí una prisión
abierta al denso cielo.

Crecía.
Crecía y el signo era un gran cuerpo oscuro.
Los barrotes gemían la corrupción del hierro.
Las ranas como estrellas ardientes
se fecundaban.

Ahora estoy
todavía conmigo
sobre el lomo de un caballo
que no existió
y, sin embargo, mañana fingirá reconocerme.

Vuelvo al mundo
con la memoria ensangrentada.
Expulsada de mí misma
entro al mundo

sin buscar explicaciones
o pruebas.

Mañana,
frente al abismo,
observo la caída de mi cuerpo.

PAÍS

Breve descripción del país que fue mío:
primero estaba el jardín
después estaba la casa y otra vez el jardín.
Y nosotros en el centro de todo,
mis padres, mis hermanos,
nuestros inocentes crímenes y yo.
La casa con sus muebles y libros
todo lo guardaba.
Y alargando la mano hacia nosotros
estaba el mundo
—solo mis padres parecían notarlo—.
De tarde en tarde,
para olvidar el canto de los pájaros en celo,
yo me recostaba sobre una manta y leía.
El brillo de esos cantos permanece.
La culpa que late en un costado del corazón,
permanece.
Jardín. Casa. Jardín.
Ese país ya no es mío.

TIERRA DE NADIE

Atrás quedaron el jardín y la casa,
ese territorio irremplazable,
ese país que ya no es mío,
mi única patria.
Los años poco fueron dejando:
un álbum familiar anclado en un imposible presente,
evidencias de una familia
que suele reunirse en fotografías y poemas.
Seis soledades, con sus seis soles,
que han de conocerse y desconocerse siempre.
Ahora que yo misma me he convertido en madre
el pasado me visita con la delicadeza de un látigo.
¿Dónde he de tender mi manta para recostarme a leer?
En mi pecho el corazón se abre y se cierra
como una flor espléndida en tierra de nadie.

Un esqueleto. Un dinosaurio. Un fósil.
Una piedra también me interesa.
Largos corredores,
lámparas de luz fosforescente y fría.
Un meteorito. Un cuarzo gigante.



Colección
Lima Lee

